

LOS SISTEMAS DE PARTIDOS EN AMÉRICA LATINA 1978-2015

**Flavia Freidenberg (editora),
Universidad Nacional Autónoma
de México–Instituto Nacional
Electoral, Ciudad de México,
2016, 1.032 páginas.**

Los dos tomos que componen esta obra dan cuenta no solo de las dinámicas de la competencia de los diferentes países que integran América Latina sino también las múltiples perspectivas desde las cuales analizar la evolución en el tiempo de los sistemas de partidos. En este sentido, desde la introducción se sostiene que los países latinoamericanos articulan lógicas de competencia disimiles, lo que impulsa a la investigación comparativa en la región en términos de esta materia.

La obra tiene dos objetivos centrales: describir los patrones de estabilidad o cambio que han experimentado la estructura (orientación de las preferencias, fragmentación y/o concentración de los apoyos) y la dinámica (competitividad, volatilidad electoral agregada, polarización, ideología e institucionalización) de la competencia de los sistemas de partidos de la región en el periodo pos-transición (1978-2015), así como identificar las razones que llevaron a algunos sistemas a colapsar mientras que otros han podido permanecer estables o han experimentado modificaciones tenues.

De este modo, desde un mismo objetivo y con la intención de profundizar en el conocimiento comparado de las dinámicas partidistas, se aborda el estudio de dieciocho sistemas de par-

tidos, organizados en dos tomos. Mientras que en el primero se analiza a México, República Dominicana y los países de América Central, en el segundo se hace lo propio con los países de América del Sur.

En el primer tomo son ocho los casos de estudio: México, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y República Dominicana. Si bien en los capítulos se presentan las respectivas y particulares trayectorias de cada país, varios de ellos evidencian un aspecto en común: la relativa estabilidad de su sistema partidario. La transición democrática llevó a México a pasar de tener un sistema hegemónico a uno de mayor pluralidad y competitividad, cuya consolidación no significó el abandono de prácticas clientelares propias del pasado. Costa Rica está entre los escenarios de mayor institucionalización en su sistema partidario, aunque como se presenta en su capítulo, en la actualidad comienza a vislumbrarse una mayor fragmentación que ha debilitado su tradicional bipartidismo.

El Salvador es otro caso que se presenta como un escenario de estabilidad, ya que los principales actores contendientes en la competencia electoral fueron los mismos durante todo el periodo, conformando un bipartidismo en elecciones presidenciales que convivió con un pluripartidismo moderado en la Asamblea Legislativa. Panamá también ha dado muestra de un escenario de estabilidad y continuidad en las estrategias y opciones políticas en competencia, aunque al mismo tiempo se resalta el sesgo partidario que ha dificultado la entrada de nuevos actores a la

escena partidaria. Honduras se encuentra en una situación intermedia, pues la consolidación y estabilidad fue parte de su sistema partidario hasta la crisis política del 2009, momento que llevó al fin del bipartidismo y la apertura de una ventana de oportunidades al ingreso de nuevos actores a la política partidaria del país y por ende, a la transformación sistémica.

Nicaragua fue en una dirección contraria aunque de una manera más pronunciada, en el sentido de que luego del proceso de democratización, el país tuvo un escenario de competencia polarizada entre el Frente Sandinista de Liberación Nacional y un bloque partidario antisandinista el cual llegó a su fin en 2006 cuando la primera opción se transformó en hegemónica. Por su parte, la progresiva desaparición en la República Dominicana de caudillos que dominaron la arena política local dio paso a comienzos del siglo XXI a la modernización del espectro partidario, hecho que sin embargo no implicó el abandono de las prácticas clientelares, personalistas y patrimonialistas del pasado. Finalmente, Guatemala está entre los casos que se diferencia con más notoriedad del resto en este tomo, pues su sistema partidario se ha caracterizado por una fluidez donde a pesar de la continuidad de la misma elite política, la esperanza de vida de los partidos políticos ha sido muy baja con la consiguiente consecuencia de que nunca ha habido un partido político que haya ganado más de una vez la elección presidencial.

El segundo tomo evalúa las dinámicas de la competencia de los países de América del Sur, divididos en dos gru-

pos: el Cono Sur (Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay) y Países Andinos (Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela). Del análisis se desprende entre ambos una diferencia importante. Mientras que los países que integran el primer quinteto tendieron a representar escenarios de estabilidad, aquellos que forman parte del segundo estuvieron de la vereda contraria. En el caso de la Argentina se subraya el hecho de que si bien el país experimentó crisis políticas y económicas, los dos partidos tradicionales lograron continuar siendo los más relevantes a nivel ejecutivo y legislativo, encontrándose la mayor transformación en las terceras fuerzas que completan el mapa partidario. En el capítulo de Brasil se sostiene que el sistema partidario ha manifestado signos de estabilidad y progresiva institucionalización, ya que desde mediados de los años noventa son los mismos dos partidos los que concentran la mayoría de las preferencias nacionales.

Un escenario de estabilidad histórica es el de Chile, aunque en su capítulo se argumenta que recientemente se ha incrementado la fragmentación partidaria con el consiguiente debilitamiento de los partidos tradicionales. Gran parte de la historia de Paraguay estuvo ligada al rol hegemónico del Partido Colorado, partido que no desapareció luego de la institucionalización democrática sino que como se demuestra, continuó formando parte de la vida política del país pero desde entonces en un bipartidismo estable. Uruguay es el último caso estudiado que presentó altos niveles de estabilidad e institucionalización, el cual abandonó su tradi-

cional bipartidismo en la década de 1960 para pasar a tener un multipartidismo, centrado en los partidos tradicionales y el emergente Frente Amplio.

La historia que se presenta de los cinco países andinos es diametralmente opuesta a los anteriores, ya que todos dan cuenta de una evolución que le otorgó a la inestabilidad partidaria un rol protagónico. Una evolución convulsionada es la que se presenta en el capítulo de Bolivia, desde un escenario hegemónico, pasando por la transición democrática que implicó una fragmentación del sistema que con el tiempo se estabilizó, pero que finalmente sucumbió ante la crisis social que desembocará en el predominio de Evo Morales. De una manera similar, la crisis de los partidos tradicionales dio paso en Colombia a un escenario de inestabilidad que ha estado representado por la presencia de candidatos más que de partidos que terminan siendo estructuras electorales de corto plazo, hecho que ha ratificado al personalismo como característica central de la política local. Del mismo modo, Ecuador también tuvo un momento de inflexión que llevó al “colapso” del sistema partidario tradicional, aunque en este caso significó el fin del multipartidismo y la instauración de un sistema predominante. Perú es otro ejemplo donde se demuestra que la debilidad de las organizaciones partidarias y el personalismo recorrieron la historia política del país, llevando a que el sistema partidario atravesase diferentes etapas en las cuales los partidos tradicionales dominaron, entraron en crisis y resurgieron en un nue-

vo contexto de interacción con las nuevas alternativas electorales. Finalmente, la historia que se presenta de Venezuela no fue muy diferente a la de los demás países andinos ya que la democratización del país fue encabezada por partidos tradicionales que luego de una profunda crisis social y política colapsaron, reestructurándose el sistema partidario en uno centrado en personalismos.

La obra que aquí se reseña da cuenta de diferentes realidades en lo que hace a la estabilidad de los sistemas de partidos y de las organizaciones que los componen en América Latina. En este sentido, hay dos ideas centrales a destacar y que surgen del conjunto de la investigación. Por un lado, se muestra que si bien existen escenarios de continuidad partidaria en el tiempo, también están aquellos que han colapsado ante coyunturas críticas que los actores relevantes no pudieron enfrentar exitosamente, hecho que llevó a la modificación del mapa partidario de una manera relevante. Por otro y como destaca Freidenberg en las conclusiones, sea en casos de estabilidad o inestabilidad, los partidos políticos continúan siendo los protagonistas centrales del juego político en la región, cuestión que pone en discusión la idea sostenida de la crisis de representación política. Ambos aspectos son los que hacen a esta obra, una fuente de análisis e información indispensable para todo aquel que esté interesado en la temática partidaria y en el conocimiento comparado de los partidos políticos latinoamericanos.

Hernán Pablo Toppi